

# “Vatemblar”

Vicente Guijosa

## Guión

“En nuestro México siempre va a temblar” es una frase hecha que he aplicado desde hace tiempo en familia, con mis amigos y compañeros de trabajo. Es tan contundente esa frase que no importa el tiempo que pase, cuando tiembla siempre me dicen “¿Cómo sabías?”

Los eventos recientes que han marcado el horror en nuestra memoria colectiva hacen que cada día nos tomemos más en serio los terremotos; en mi caso, fue a partir del de 1957. Vivíamos en avenida Veracruz y lo único que recuerdo son las ventanas y las puertas que se azotaban, asimismo las persianas (aquellas largas, de metal y con madera abajo) que se golpeaban entre ellas. Dormía en la parte alta de una litera y ahí empezó el movimiento. La empleada doméstica con la que nos habían dejado mis papás estaba bastante alterada y sólo recuerdo que no nos soltaba de la mano y estaba hincada en el piso viendo lo mismo que nosotros: las lámparas, las ventanas. Luego llegaron mis papás y nos volvieron a despertar. Fue un sueño, nada de miedo en absoluto, no recuerdo el movimiento en mis pies. Al día siguiente mi padre me llevó a Reforma a ver el Ángel destrozado en el piso; apenas recuerdo si esto me asombró, o me asombró más ver la columna sin Ángel o a mi papá que no dejaba de fumar.

Infinidad de temblores han pasado desde entonces y me parecen una obra de teatro, una puesta en escena que inicia con la voz del más sensible, el “está temblando”. Mi madre se afectaba muchísimo y mi padre no. Ella nos decía con voz quebradiza: “Está temblando, párense en el marco de la puerta”, mientras prendía temblorosa una enorme vela (cirio pascual) y mal rezaba “Glorifica mi alma, Señor...”



© 751178 **Agencia Casasola**. *Gente observa los edificios destruidos por el temblor*, México D.F., 1937, colección *Revista Hoy*, Secretaría de Cultura. INAH.SINAFO.FN.MX.



La puesta en escena depende de dónde te toca y con quién lo sufres... mientras todo se mueve.

Al no ser cautivo del miedo me he dedicado a observar a los actores, uno tiene casi siempre a una persona calmada o a una desesperada. Durante los temblores mi madre siempre repetía "Glorifica mi alma, Señor..." con un "Santa madre, está fuertísimo"; mi padre caminaba bien tranquilo hasta la sala con su cigarro encendido, en calzones largos, detenía el péndulo del reloj y el candil de la sala diciendo: "Ya pasó, ya pasó".

En esa puesta en escena todos estamos en el foro, actuamos, y al mismo tiempo todos somos espectadores, todo lo que ocurra sucederá mientras el piso y lo demás se mueven junto con el alma. Nos toca a todos parejo, no hay más director que la intensidad.

Mientras estudiaba arquitectura en la UNAM, un día llevaron un simulador a la clase de "Resistencia de materiales" (por cierto, eran del Poli) para que observáramos cómo las piezas de madera que colocábamos caían en unos cuantos segundos, y las piezas armadas no, las metálicas tampoco. Tenía el aparatito para trepidatorios y oscilatorios, con el tiempo se acepta que las ondas son siempre oscilatorias, pero chocan ida y vuelta según los subsuelos.

Pronto entendí que muy pocos edificios tenían armaduras metálicas y que, ante un terremoto intenso, no había mucho que hacer. Salir a la

calle era lo obvio, y con suerte lo único. Es que nada garantiza que al ir saliendo te salvas, pero el sólo pensar quedar bajo escombros te da el “adrenalinazo” de la esperanza.

## Ensayos

Vivía enfrente del hospital Mocel, en la calle de Gelati, y en una ocasión bajé muy temprano por unas pastillas para mi pareja. Recuerdo bien que bajando los cuatro pisos por la escalera empezó a temblar, yo seguí tan tranquilo oyendo cómo todo mundo abría y salía; acelerados llegamos todos a la puerta de abajo que, al momento de abrir, se trabó brincando el pasador; a todos los tenía detrás de mí, “¡ábrale!, ábrale, vecino, yaaa por favor...”, siete segundos interminables; abrí, me crucé a la farmacia viendo cómo sacaban gente en camilla y el hospital se iba vaciando; entré a la farmacia y pedí el medicamento a uno que estaba deteniendo los pañales de los anaqueles de arriba. Enojado me dijo: “Oh, pues, ¡espérese que acabe de temblar!”

Regresé al departamento y mi pareja me regañó: “—¡Te tardaste horrores, tembló bien *fuerteeee!*, ¿qué?, ¿no lo *sentisteeee?* —Sí, pero a mí no me dan miedo, son un evento”.

He puesto mi oído pegado a la pared para escuchar el sonido durante un temblor, es increíble cómo cruje un edificio mientras se zarandea. Por supuesto que entiendo a quien ha sufrido destrozos, o ha quedado atrapado, o ha perdido seres queridos en estos eventos, lo entiendo, pero esto no me provoca más miedo, me hace reflexionar sobre otras cosas.

Todo cambió con el terremoto del 85. Antes hubo algunos que nos avisaban lo que podría pasar. “Se cayó la Ibero” era el comentario capitalino generalizado.

## Primera llamada, primera

En septiembre de 1985 viajé a Nueva York. Iba invitado por Ely, una chica preciosa, prima de amigos cubanos. Ahí estaba mi amigo Gilberto, también Pedro Meyer, con quien hice cita para vernos toda una mañana y así observar cómo actuaba haciendo fotos callejeras nada más y nada menos que en las calles de Nueva York.

En la banqueta de la 5ª Avenida, gracias a los puestos de periódico en los que llegaban las *news*, se oía “¡México destrozado por un terremoto!” Eran como las 13:00 del 19 de septiembre. Pedro me dijo: “—Voy a localizar a V. Flores Olea, que está en la ONU. Dame el teléfono de donde estás, nos hablamos más tarde para regresarnos cuanto antes. —Sí, Pedro”.

En donde había dejado el coche que me prestó Ely solté un “me lleva la chingada” porque ya tenía una multa en el parabrisas, y una puertorriqueña que me escuchó me dijo: “¿Ere tú mexicano? Sí, ¡venacá, ven a ve!, están pasando noticia del terremoto en México, pasa, pasa... ¿quiere una soda?”

Lo que vi fue un pedazo de Jacobo describiendo el desastre de Televisa, pasaban escenas del Regis, yo trataba de medir más las consecuencias, de ver entrelíneas gente caminando, camiones, edificios en pie, etcétera, etcétera. La transmisión se interrumpió para pasar escenas de los estadios de



© 751162 **Agencia Casasola**, *Socorristas rescatan cuerpos*, México D.F., 28 de julio, 1957, colección Revista *Hoy*, Secretaría de Cultura. INAH.SINAFO.FN.MX.







© 137140 **Agencia Casasola**, *Mujer herida rescatada por bomberos y socorristas después de un terremoto, México D.F., 1957*, colección Archivo Casasola, Secretaría de Cultura. INAH.SINAFO.FN.MX.





futbol, CU, Azteca, Puebla, Toluca, Guadalajara, y el locutor dijo: “Ningún estadio afectado por el terremoto... el mundial está a salvo” [sic].

Imposible hablar con mi familia, los amigos cubanos se portaron de lo más solidario tratando de cambiar mi vuelo lo más pronto posible. Estar lejos del evento telúrico afecta diferente. Pedro nunca me llamó, se regresó de inmediato con contrato en mano para enviar fotos del siniestro al extranjero. Todo es una puesta de escena. Regresé inmediatamente a rescatar, me integré al grupo de los perros belgas donde orgullosamente fui traductor. Rescatamos a seis personas atrapadas vivas.

## Segunda llamada, segunda

Camita, noticiero en la tele que hace un resumen. El mismo locutor dice lo que mis oídos confirman, “*Ua ua ua ua ua ua*, alerta sísmica... , alerta sísmica... , *ua ua ua ua ua...*” Primer razonamiento inmediato: si antier la activaron por error y no tembló, esto que viene sí ha de ser que... ahí viene. Porque uno tiende a razonar en lugar de actuar.

Me dije: “Yo no voy a salir como duermo, o sea con playerita de mis pumas; y a rais, no, no es ocasión de andar presumiendo nada, ponte unos pants, los tenis sin calcetines, desamarrados, agarra el celular”. De inmediato seleccioné “Susy”, mi hermana, que vive con mi madre y su pavor a los telúricos: “—Hermana, está temblando... —Ay, sí... ¿ya te bajaste? —No. —¡Y qué esperas, pendejo!” Nota: aconsejo tener un número pregrabado de emergencia con algún familiar y activarlo desde el sonido de la alarma, estar conectados antes de que se sature la red puede ser la diferencia.

Diez segundos y empiezan los ruidos y voces de los vecinos, gritos y órdenes, “Nina, Nina, ¡ya salte como estés!” Puertas que se abren y cierran. La de arriba: “Dios bendito, Dios bendito”, “Bajen con cuidado”. Conforme uno baja se va haciendo la cola entre los que vienen de arriba y los que ya van bajando en chinga. Uno se da cuenta de que el pinche extinguidor puesto en el descanso queda a la altura de un primer madrazo lateral parietal. “No usen el elevador, ahí vamos, ahí vamos”.

PÁGINAS 56-57

© 750552

Agencia Casasola,

*Fragmentos del Angel de la Independencia derrumbado por el sismo*, México D.F., 1957, colección Revista *Hoy*, Secretaría de Cultura. INAH.SINAFO.FN.MX.

“—Nina, ¿trais al Rusti? —Sí, mamá, vete bajando, aquí voy, aquí voy...”  
“Dios bendito, Dios bendito”, repetía la del 402, los del 304 con su hijo que preguntaba: “¿Y ya está temblando, papi, ya está temblando, papi?”; esto es maravilloso: el señor contestó: “No, hijo, todavía no..., ya mero...”

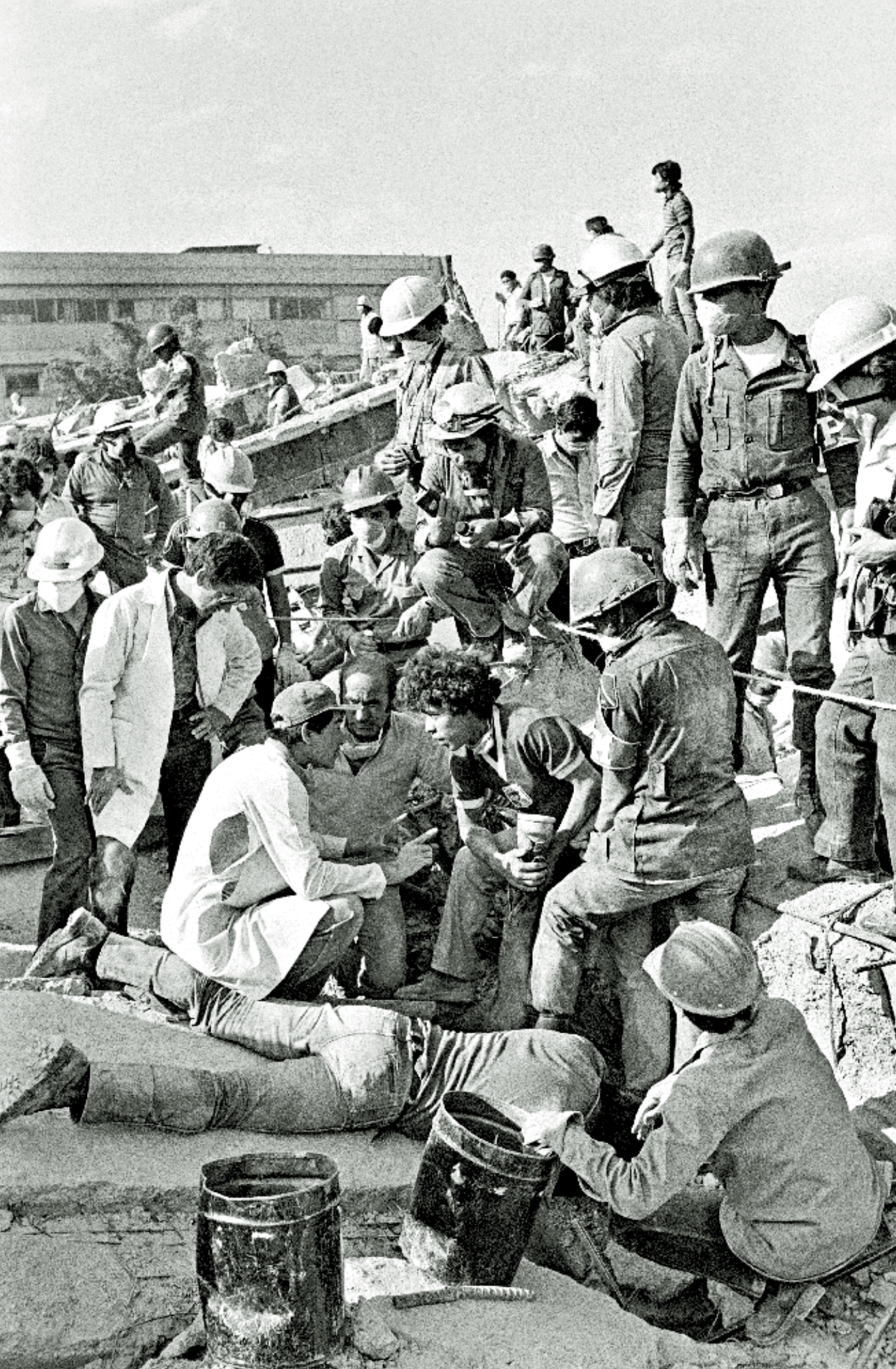
Dos puertas nos separan de la calle, una abre *pacá* y la otra *pallá*. La segunda es con llave y, pues, el inepto del 102 no le atinaba por los nervios; listo que soy, apreté el botón de las puertas eléctricas del estacionamiento, rompan filas y a la calle, “Ay, gracias, señor, ya empezó... aaaayyyy, ya empezó”. “Vénganse para acá, en la esquina hay transformadores con cables de alta tensi...”, en eso estaba cuando a una cuadra tronó uno con flamazo respectivo, pero no se fue la luz. Todos brincamos del susto y caímos en una calle que ya se movía.

El movimiento es asombroso. Yo estaba de solidario con mis vecinos; la del 503, que bajó con una pijama de vaquitas, *di vi na*. Tranquilizando, observando como siempre. Analizar el movimiento y la fuerza que eso representa está cabrón de interesante; cada edificio se mueve a lo suyo, no agarran la onda parejo. Se va la luz de la calle, pero la del edificio no, oscila y sube y baja y oscila y no se sabe si aumentará. Nos convertimos todos en sismógrafos: “Está bien fuerte y está temblando más duro”, “Está muy fuerte..., está *muuy* fuerte”.

Salió el vecino de arriba con una bici de esas chiquitas que se doblan, ya le iba a soltar un “no mames”, pero me dijo: “—De aquí me voy a ver a mi chava, uno nunca sabe. —No, pues, no”. Un primer espectáculo y que al término habría otra cosa, todavía temblaba y éste se arrancó en chinga zigzagueante. No, pues, cada quién. “Santísima madre, ten piedad, santísima madre, ten piedad de nosotros”, y el telúrico seguía, ciertamente parecía interminable.

**PÁGINA SIGUIENTE**  
**Marco Antonio Cruz,**  
*Rescates en Centro*  
*Médico Nacional,*  
México D.F., 1985,  
colección del autor.

Solté un “ya pasó, ya pasó...” y me soltaron un “¡No!, sigue temblando, señor, ¿que no siente? ¡Sigue *temblandooooo!*”. Entre el “bájate, pendejo” y “el que no siente” guardé mi silencio, pero seguí con mi cara de hombre de aplomo que, de verdad, me enseñó mi hermanito Xavier. Y todo seguía balanceándose, no con fuerza, sino con vuelo.





**Ricardo Maldonado Garduño**, Sin título, colonia Roma, edificio en Álvaro Obregón 286, esquina Valladolid, Ciudad de México, 2017, colección del autor.





Carlos Contreras de Oteyza. Sin título, México D.F., 2017, colección del autor.

La calle ya era como miércoles de plaza y una señora pedía un cigarro  
“Por favor, ¿alguien trae cigarros?”

Yo trataba de ver detalles arquitectónicos estructurales que me dieran la pauta del nivel Richter, vi los segundos pisos con circulación normal, el tránsito normal, incluso los coches en la calle pitaban para que nos quitáramos y varios les soltaron un “Está temblando, güey, ¡no mames!”

Aquello finalmente se tranquilizó, me di cuenta de que me puse los tenis al revés, los pants también, y decidí entrar. “Ya pasó, ya pasó”, calladito. “Ay, qué barbaridad, ¡estuvo fuertísimo!, ¿tiene usted señal?” “Buenooo,

hijita, ¿cómo les fue? ¿Cómo!, hija, acaba de temblar horrible. ¿Cómo que te desperté! ¿No *sentistesssss naaaadaaa*? No puede ser, mijita. Bueno, pues, levántate y revisa..., ¡que te levantes, Mónica! ¡Tembló, me oyes, tembló!” “¿Ya fue el temblor, papi?, ¿me bajas?, quiero ver el temblor, papi...”

—*Esteee*, pues, buena noche, ¿verdad? Que descansen vecinos... (ajá).

—¿Se va usted a meter?

—Pues sí, es difícil que vuelva a temblar esta misma noche, a lo mucho pequeñas o medianas réplicas, pero... hasta mañana.

—¿Y cómo sabe?

—*Esteeee*, pues así ha sido siempre, pero, pues, cada quien.

Me di cuenta de que mi vecina checó mi look terremotero. Se dio cuenta de que yo chequé su pijamita de vaquitas y, pues, que nomás traía su pijamita de vaquitas, y que decide meterse también de regreso. Por las escaleras, ¿eh?:

—No es que esté mal el elevador, sino que a lo mejor quitan la luz —le dije.

—Pues sí, se sintió fuerte ¿verdad?

—Sí. Habrá que ver dónde fue el epicentro.

—¿Usted en qué departamento está?

—En el 503, hasta arriba. ¿Usted?

—En el 303 y pues pásele, vamos pa' arriba. —Y ahí me fui checando los daños, piso por piso, vaquitas por vaquitas estructurales, traía unas como sandalias bien bonitas, y todos los escalones bien.

—Pues, buenas noches, éste es mi departamento, me voy a tomar un tequilita...

—Yo un té, buenas noches.

*Mmta*, y que me acuerdo que ni tequila tenía.

—Buenoo, hijo, ¿cómo les fue de temblor?

—¿Cuál temblor, pa?

—Acaba de temblar, ¿no se sintió en Morelia?

—No. ¿Neta, pa?

—*Esteee*, sí, qué bueno, buenas noches...

Me acosté a contar vaquitas..., pa' tratar de dormir



**Francisco Mata Rosas**, Sin título, calle Medellín, colonia Roma, Ciudad de México, 2017, colección del autor.

### Tercera llamada, tercera... ¡comenzamos!

Este segundo y último sismo fuerte (del casualmente 19 de septiembre) me agarró en el mismísimo Centro Histórico de la Ciudad de México. Ya habíamos hecho el simulacro, muertos de la risa, con el chacoleo clásico, pero ordenado —lo cual nos sirvió muchísimo para el bueno, que además no avisó—. Unos 15 segundos después del primer jalón sonó el tremendo “*Ua ua ua ua ua ua*, alerta sísmica..., alerta sísmica..., *ua ua ua ua ua...*”

Esta puesta en escena me tocó en una sala cerca de la escalera. Había que bajar dos pisos de uno por uno y la sensación del escenario era caótica porque los escalones suben, bajan, oscilan y no hay control en las pisadas. Los terremotos empiezan por los pies y se van subiendo mientras el equilibrio nos mece y la vista sólo corrobora los distintos mo-





vimientos. Al llegar a la banqueta uno elige la siguiente posición en el foro. Muchos se colocan con las piernas abiertas mientras los brazos se extienden, hay quien se abraza fuertemente y, en este día, hubo quien se hincó, como mi muchacha, y gritaba fuertemente “La Magnífica”, como mi madre, pero desgañitándose. Esta actuación ineludible y audible crispera más la escena. Mirar hacia la catedral metropolitana es un privilegio visual, se mueve como una morsa en tierra. La reja nos hace ver cómo las ondas del piso juegan con todo y todos, la caída de la cruz de la torre oriente me dejó perplejo, ¡ah, caray! cómo se mueve la voluta. Se destrozó sobre el techo del Sagrario, las juntas de cantera soltaban pequeñas nubes de polvo. Mientras, las voces de todos nosotros y los otros actores. Todos tienen la palabra, no hay un script de diálogo preparado. Maravillosamente, la voz parte desde el sentimiento: “Aquí estamos bien... aquí, aquí... Jesús bendito, protégenos. Uuuy, sí se siente fuerte, está bien fuerte. Ira ira, la Latino ni se mueve”. El evangelista aprovecha para gritar con su micrófono: “Sientan la fuerza del *Señooor, arrepiéntanseeee pecadoreees*”. Yo aprovecho para soltar un “¡ya cállate!”

Las miradas siempre son hacia arriba, hacia lo alto, hacia los postes, hacia los cables. El simple hecho de que te muevan el piso te mueve todo y uno se detiene. Hay quien asegura que el temblor se siente en el centro del cuerpo. Estamos ya inmersos en el evento colectivo más grande y más popular, incluso en el más equitativo. Entiendo que de ahí la solidaridad se desborde: nos pasó a todos, pero a algunos les pasó a fregar la vida. Por hoy esta espectacular puesta en escena termina con las consecuencias posteriores: solidaridad, desorden, angustia, ineptitud gubernamental, valor y heroísmo.

Hoy, después de cierto descanso, lo sabemos: *¡vatemblar!*

Vicente Guijosa, fotógrafo mexicano, estudió arquitectura en la UNAM. Fue miembro y presidente del Consejo Mexicano de Fotografía, fundador y director del Centro Cultural Clavijero y director del Museo Archivo